

alaban la claridad con que se hacía cargo de las más difíciles cuestiones políticas y con que profundizaba los asuntos. En realidad, estaba dotado de buen talento: sus ocupaciones y aficiones científicas y artísticas no se limitaban en manera alguna á los ensueños alquimistas y astrológicos en que



Armadura de gala del emperador Rodolfo II (Viena, Museo y Arsenal imperiales de Artillería) (1)

caían en aquel entonces hombres tan ilustres como Kepler, sino que tenía conocimientos profundos en materia de cien-

(1) Esa armadura de gala de Rodolfo II es una de las más hermosas que existen por su riqueza, por su ingeniosa disposición, por la factura perfectamente artística de su ornamentación y por la ejecución excelente de los dibujos repujados y con aplicaciones de oro: el dibujo de la misma hizo el pintor münichense Cristóbal Schwarz (1550-1597). La coraza es de acero gris mate; las partes desnudas de las figuras son de acero bruñido, y las vestiduras y algunos de los adornos accesorios dorados. En el peto y en el espaldar están representadas las hazañas de Hércules, y en el centro de aquel se ve la figura de este, envuelta en manto de oro y apoyada en la clava. — La falda de esa armadura fué añadida posteriormente. (Datos tomados de Q. Leitner.)

cia y de bellas artes, y no hay que olvidar que él fué quien proporcionó á Tico-Brahe y á Kepler un asilo y los recursos necesarios para que pudieran llevar adelante sus prodigiosas investigaciones. Supo reunir en su residencia de Hradschin una magnífica colección de hermosas pinturas y verdaderos tesoros de inmensa valía desde el punto de vista histórico y artístico-industrial. Poseía también vastos y profundos conocimientos en punto á historia y á política; pero hay una gran diferencia entre conocer y apreciar bien las cosas y tener la voluntad que pone por obra lo dictado por el pensamiento, cualidades estas que difícilmente encontramos reunidas en un mismo hombre. En Rodolfo, una de ellas contribuyó sin duda alguna á borrar casi por completo la otra. Los estudios y los trabajos á que con tanta pasión se dedicaba en sus bibliotecas y laboratorios fortalecieron su inclinación natural á la soledad y á la abstracción, inclinación que fué aumentando á medida que su enfermedad se agravaba y que contribuyó poderosamente á inutilizarle cada vez más para el gobierno del Imperio. Muy pronto fué sumamente difícil para los embajadores de las potencias extranjeras, y después hasta para sus mismos consejeros, llegando al cabo á ser imposible obtener de él una audiencia. Durante semanas y meses enteros permanecía en su palacio sin presentarse ni una sola vez en público, por lo que de vez en cuando circulaba el rumor de que había fallecido y de que se ocultaba al pueblo su muerte para evitar trastornos. Dados este aislamiento y aquella enfermedad, ya se comprenderá cómo debían andar los asuntos ordinarios del gobierno, y sobre todo aquellos relacionados con la alta política. Había temporadas en que el emperador, encerrado en sus laboratorios, no quería oír hablar, durante semanas enteras, de negocio alguno, y cada día hacíanse más visibles en él las huellas de la melancolía que muy pronto debía convertirse en perturbación mental. El proceso de este estado morbooso recuerda en varios detalles la trágica suerte del desdichado Luis II de Baviera. Dícese que desde el año 1600 se observaron en él ataques periódicos de locura y de furor; pero entre uno y otro tenía intervalos completamente lúcidos, por más que durante esos períodos de salud relativa no se modificaban ni su género de vida, ni su horror á la gente, ni su aislamiento de toda publicidad, y su falta de dirección y de actividad no dejaban de ejercer funesta influencia sobre la marcha de los negocios públicos. Quizás los antagonismos cada vez más patentes en las dietas de fines del siglo XVI y principios del XVII hubieran podido por lo menos conciliarse hasta cierto punto con la intervención personal del emperador; pero ninguna razón, por poderosa que fuese, podía mover á este á tomar personalmente parte en las discusiones, para las cuales delegó su representación primero en su hermano Matías, y cuando riñó con este en el archiduque Fernando. ¡Y si siquiera esa delegación hubiera sido incondicional! Lejos de esto, el emperador quería reservarse la resolución definitiva, lo cual era causa de que después de los debates tuviera que sostenerse una interminable correspondencia entre la dieta y la corte de Praga; y, lo que es peor, nunca quiso el emperador adoptar una de esas definitivas resoluciones. Sin embargo de esto, consideró como grave injuria que España, la Curia y aun sus más próximos parientes, los archiducos de Austria, cada vez más convencidos de su incapacidad para gobernar, le aconsejaran con insistencia que nombrara en vida un sucesor que fuese hasta su muerte su natural representante. Sus actos de gobierno en los años siguientes estuvieron influidos por esa desconfianza y por la suspicacia y el temor de que querían despojarle de la dignidad de que tan elevado concepto se tenía formado. A pesar de su inacción y á pesar de que se reco-

no algunas veces incapaz para gobernar, ó quizás precisamente porque lo reconocía, quiso tener absolutamente el gobierno en sus manos, y cuando se creía amenazado ó lo estaba realmente, para demostrar su aptitud se apresuraba á hacer algo de su exclusiva iniciativa: no hay que decir que en estas manifestaciones de energía cometía errores altamente funestos. Así sucedió especialmente en los actos por él realizados en asuntos relativos á los territorios hereditarios que estaban bajo su inmediata administración y en los cuales existían análogos antagonismos, que exigían la misma intervención de una mano enérgica que los del Imperio en general. En aquellos como en estos dieron los más funestos

frutos la ineptitud y la vacilación continuas que caracterizaban la conducta del emperador. Por el mismo tiempo en que la secesión de los protestantes en la dieta de Ratisbona destruía la última institución imperial que aun representaba la unidad por encima de la variedad, las manos del emperador soltaban las riendas del gobierno en sus propios territorios hereditarios, en donde surgía un verdadero caos que ponía en peligro los fundamentos de la existencia del Estado. Quizás los acontecimientos que allí se desarrollaron influyeron no poco en el curso de los debates de la dieta de Ratisbona, de 1608, pues el hecho de haberse unido en esta por primera vez desde hacía mucho tiempo los protestantes



Fig. 11. A. de gloria. *Amplius quo pro meritis meritis laudanda; nonne pugnant reliquis strenuissimè prius.*



Fig. 12. A. de gloria. *Avertunt frandem mea symbola et hostis origo; Mijutos remouet cunctis hostes hostes.*

Los guardias del emperador Rodolfo II. (Continuacion)

del electorado de Sajonia con los dirigidos por el Palatinado electoral, debióse en primer término al temor que despertaron en el elector de Sajonia el curso de los sucesos en Austria, Hungría y Moravia, y las violentas tentativas de restauración que del modo más imprudente se realizaban allí enfrente del protestantismo. Aun para la evolución general del Imperio y para la exacerbación de los antagonismos en este existentes, tuvo tanta importancia el estado de cosas de los territorios hereditarios, que no nos es posible dejar de examinar con algún detenimiento lo que en estos sucedía.

LA REVOLUCION EN LOS TERRITORIOS HEREDITARIOS DEL EMPERADOR, Y CISMA EN LA FAMILIA IMPERIAL

A pesar de los enérgicos esfuerzos realizados por los Habsburgos para alejar al protestantismo por lo menos de sus dominios dinásticos, es decir, de los territorios austriacos, húngaros, bohemios, moravos y estirios, la nueva doctrina no tardó en penetrar en estos y en contar en ellos con un número cada vez mayor de partidarios. Carlos V no se hubiera mostrado nunca condescendiente con esos elementos protestantes; pero su hermano Fernando, á quien en vida dejó el gobierno de los dominios alemanes de la casa de Habsburgo y que á su muerte debía sucederle en el trono

imperial, con ser católico no menos celoso y ferviente que él, no era tan intransigente ni tan exclusivista como su poderoso hermano, y procuraba sinceramente evitar, con medidas conciliadoras y ligeras concesiones á los adeptos á las nuevas ideas, la destrucción total de la unidad de la Iglesia, sin por ello resolverse á reconocer por completo las doctrinas luteranas conforme se lo había pedido en 1556 una comisión de los Estados. Conocidas son las gestiones que hizo para tranquilizar á los protestantes, tratando de obtener del papa permiso para que en sus territorios pudiese celebrarse la Comunión bajo las dos especies; mostrósé altamente conciliador y benévolo, y no rehusó confesar que eran justificadas algunas de las quejas formuladas por los protestantes contra la Iglesia católica. Convencido de ello, trabajó activamente cerca del concilio de Trento para que se procediera á una reforma interna de la Iglesia, y en vista de que su pretensión era rechazada por la asamblea, que solo se ocupó casi exclusivamente de discutir puntos dogmáticos, sostuvo serias contiendas con el Pontificado, que fueron causa de que por algún tiempo no se opusiera con entera energía á las innovaciones de los protestantes, los cuales pudieron ver de hecho garantizado el ejercicio de sus creencias aun cuando estas no estuvieran legalmente reconocidas. Aun fué mejor la situación de la parte de población protestante en

tiempo de Maximiliano II, hijo y sucesor de Fernando. Los protestantes habían anteriormente acariciado la esperanza de que Maximiliano, que en los primeros años de gobierno de su padre había mostrado gran inclinación á la nueva doctrina, ratificaría esa tendencia abrazando públicamente la religion reformada; pero se engañaron los que tal creyeron, porque puesto en el conflicto entre sus opiniones religiosas y las razones políticas, conflicto en que había de verse por el hecho de que su padre, si se hacia protestante, no había de consentir en que fuera sucesor suyo, resolvió en definitiva permanecer adicto á la Iglesia católica, aunque solo aparentemente. De otra suerte, hubiérale sido preciso renunciar



Los guardias del emperador Rodolfo II. (Conclusion)

ne de cumplir los deberes contenidos en la capitulacion electoral para la defensa de la Santa Sede y de la Iglesia de Jesucristo. Si bien se considera, esta promesa no envolvia una negacion de sus ideas protestantes, pero le imponia una actitud aparentemente católica que, si tranquilizaba á los príncipes católicos, daba al carácter de Maximiliano una duplicidad peligrosa.

De todos modos no podía caber la menor duda de que, dadas las que hasta entonces habían sido sus íntimas convicciones, no se mostraria muy dispuesto á combatir con energía al protestantismo en sus territorios hereditarios. Así fué, en efecto, pues lo mismo en estos que en el Imperio adoptó una conducta conciliadora y algunas veces un tanto débil. Cuando los Estados protestantes, confiados en la mayoría alcanzada por ellos en las dietas y en las tendencias protestantes de Maximiliano, pidieron no solo el reconocimiento de la confesion de Augsburgo, sino que trabajaron públicamente para conseguir que la nueva doctrina fuese la única dominante, el emperador no se mostró dispuesto á acceder á sus deseos; pero en 18 de agosto de 1568 decidióse á otorgar la mencionada confesion á los territorios de la alta y de la baja Austria, aunque solo para los señores y caballeros y sus súbditos, no para las ciudades, en las que

á la sucesion del Imperio y á la poderosa alianza política de la línea española de su dinastía. A consecuencia de esto encontráse en una situacion muy parecida á la de Enrique IV de Francia antes de su cambio de gobierno, situacion que se resolvió de una manera análoga á esta. En diciembre de 1561, cuando comenzaron las negociaciones con los electores eclesiásticos sobre su sucesion, alejó de su lado al predicador protestante Pfauzer, que hasta entonces había tenido, y lo substituyó por un sacerdote católico, dió las mas completas seguridades á los nuncios pontificios Hosio y Comedone, y finalmente, en febrero de 1562, hizo á su padre, en presencia de todos los archiduques, promesa solem-



bien la mayoría de la poblacion había abrazado la reforma, quedaba una minoría importante adicta á la antigua Iglesia, y además casi todos los templos y por ende el culto oficial continuaban en poder del clero católico.

También en Bohemia y en Moravia los protestantes — pues en el número de estos pueden ser incluidos sin escrupulo los utraquistas y los hermanos bohemios y moravos — formaban indiscutiblemente la mayoría de la poblacion: la nobleza, especialmente, era casi por entero protestante, y al terminar el reinado de Rodolfo II solo había, en el estado de señores moravos, un católico. Las ciudades reales, por el contrario, seguían siendo católicas á excepcion de Iglau y Znaim, que eran completamente protestantes, y como en Mo-



El alquimista. Facsimile reducido del grabado de Cristóbal Maurer (1558-1614)

calvinismo. Por último, en Silesia el príncipe obispo de Breslau era, por decirlo así, el único apoyo firme del catolicismo.

Así estaban las cosas al subir al trono Rodolfo II, y de ello puede deducirse que en lo esencial la mayoría de los Estados de todos los territorios hereditarios era decididamente protestante, correspondiendo á esta situacion religiosa la situacion jurídica, pues en todos estos territorios los Estados provinciales con su señor conquistaron una posición independiente. De aquí que la resistencia contra las tentativas energéticas de restauracion hechas á raíz de la subida de Rodolfo II al trono fué no solo eclesiástico-religiosa, sino que también política de parte de los Estados y aun en algunos puntos, como en Moravia, nacional, ya que únicamente podía esperarse la destruccion del poder del protestantismo atacando la autonomía de aquellos Estados.

Pero ¿cómo era posible que entablara esa lucha contra la tendencia predominante en los territorios hereditarios un soberano cuyo gobierno se caracterizó, según antes hemos visto, por la falta absoluta de firmeza y de actividad? Ya se comprenderá que difícilmente puede atribuirse á la iniciativa personal del débil emperador la decision de comenzar esta lucha que en sentir general se debió á la influencia de la curia ó de la corte española, considerada como centro principal del sistema católico-ultramontano. Sin embargo, aun prescindiendo de que el influjo de España sobre la corte de Rodolfo II no fué tan grande como antes se creía y por el contrario

185
ravia la nobleza era eslava y los habitantes de las ciudades alemanes, el antagonismo religioso coincidió en ellas con el antagonismo nacionalista, constituyendo aquella el elemento protestante y estos el católico.

Algo mas fuerte que en Moravia mantúvose el catolicismo en Bohemia, en donde una parte considerable de la alta nobleza continuaba adicta á la religion antigua; pero también allí la mayoría de la aristocracia y todas las ciudades, con excepcion de Pilsen y Budweis, habían abrazado las diversas tendencias protestantes ó por lo menos anticatólicas. Hungría era completamente protestante: sus ciudades, alemanas por la mayoría de su poblacion, habían aceptado el luteranismo; en cambio la nobleza abrazó la tendencia mas enérgica del

hubo entre ambas cortes evidente tirantez despues del matrimonio de Isabel con el archiduque Alberto, aun prescindiendo de esto — decimos — el curso ulterior de los acontecimientos demuestra que la corte española combatió enérgicamente las impremeditadas y precipitadas medidas de restauracion adoptadas por Rodolfo II. Por regla general puede afirmarse que este dió motivo á la violenta oposicion que se le hizo en sus territorios hereditarios, no tanto por lo que de propio impulso hizo como porque con su indecision y sus debilidades nada intentó para resolver los conflictos, que en un principio tenían un carácter mas bien particular, y porque penetrado de las ideas católicas y dominado por su aversion á la gran independencia de los Estados protestantes, dejó obrar á su antojo á los católicos fanáticos que por propia iniciativa emprendieron la lucha contra el protestantismo y otorgó su imperial sancion á las violentas medidas por ellos adoptadas. Además, es preciso no echar en olvido que en los territorios imperiales de los Habsburgos, como en todo el Imperio, á pesar de los progresos del protestantismo, había el catolicismo visto aumentar en silencio sus fuerzas para la resistencia.

Los discípulos de los jesuitas fueron principalmente los que se interesaron apasionadamente por el renacimiento del catolicismo procurando ante todo que los cargos eclesiásticos estuviesen desempeñados por sacerdotes dignos. Ya en 1552 se habían establecido los jesuitas en Viena y fundado un co-

legio, al que siguieron muy pronto otros en Praga, Innsbruck é Ingolstadt (1556): allí, como en todo el mundo, la nueva orden dedicóse con gran celo á la educacion de la juventud á fin de conquistar á la generacion jóven y con ella el porvenir para su causa y sus trabajos en pro de esta. Efectivamente, discípulos suyos tan entusiastas como sábios fueron los que emprendieron contra el protestantismo esa lucha en apariencia desesperada á la que se consagraron con ardor y energía. En Moravia, adonde habian sido llamados los jesuitas en 1550 por el señor de Hangwitz, el cardenal de Dietrichstein, se consagraron con gran éxito á la obra de la reaccion católica y sus actos fueron ensalzados por el Papa con expresiones de suprema gratitud. Pero el que con su infatigable actividad contribuyó mas decididamente al restablecimiento del catolicismo en ese país fué Melchor Klesel, oficial del obispo de Passau en la baja Austria. Natural de Viena, donde nació en 1553, hijo de un panadero luterano, se convirtió en 1569 al catolicismo, convirtiéndose despues de él sus padres, y se distinguió desde luego por el celo que demostró en la defensa de la religion por él escogida. Como alumno pontificio ingresó en el convento de los jesuitas de Santa Bárbara, en Viena, y consagrado sacerdote en 1579 ascendió rápidamente en la jerarquía eclesiástica. El obispo Urbano de Passau, conociendo lo mucho que valia, nombróle oficial de la baja Austria para la diócesis de Passau con residencia en Viena, puesto en el cual tuvo Melchor Klesel ancho campo para sus iniciativas y trabajos de restauracion y reforma. En 1590 fué nombrado reformador general en los territorios de la baja Austria. Austero en sus costumbres y valeroso adalid de su Iglesia, á la que defendia aun contra el poder del Estado, como lo demuestra el grave conflicto que muy pronto surgió entre él y el Consejo de los conventos compuesto de elementos eclesiásticos y civiles mezclados, exigió del clero sometido á su jurisdiccion igual austeridad y moralidad y procuró por todos los medios robustecer ante todo interiormente el catolicismo, poniéndole en condiciones de poder luchar contra la religion protestante. Cuidó principalmente de nombrar para las parroquias vacantes sacerdotes virtuosos y de moralidad intachable, practicó frecuentes y rigurosas visitas á los monasterios y fundó en Viena un Seminario para clérigos, viéndose sus esfuerzos de tal manera coronados por el éxito, que al cabo de nueve años pudo decir que todas las parroquias puestas bajo su jurisdiccion, y en las cuales al comenzar el ejercicio de su cargo apenas habia encontrado cinco sacerdotes virtuosos, estaban entonces servidas por verdaderos católicos. Conseguido esto, comenzó á tomar la ofensiva contra el protestantismo.

Ya hemos visto que el culto protestante se practicaba en las ciudades á pesar de que el edicto de Maximiliano II habia prohibido en ellas el libre ejercicio de la confesion de Augsburgo que solo á los señores y caballeros concedia. En contra de este abuso habíanse publicado en el año 1578 enérgicos edictos que muy pocos se habian cuidado de cumplir porque faltaban órganos que los hicieran respetar. Klesel, sin embargo, puso empeño en que se cumplieran estrictamente y pudo lograr en 1588 que las cuestiones religiosas dejaran de ser de la competencia del magistrado y que el soberano las sometiese á la jurisdiccion de dos magistrados, uno de los cuales era el mismo Klesel. En 1602 consiguió que todas las ciudades de la baja Austria, á excepcion de Viena, Krems y Stein, firmaran un compromiso por el cual se obligaban á ser fieles á la religion católica. Los protestantes fueron excluidos de todos los cargos municipales.

En el alta Austria, en donde el protestantismo habia echado mas ondas raíces, se intentó tambien combatir la reforma, publicándose en 1596 un edicto que comprendia todas las

medidas adoptadas hasta entonces contra la religion protestante, pero que por de pronto no se llevó á cumplimiento por la enérgica oposicion de la nobleza, en la cual la proporcion entre protestantes y católicos era de treinta á ochenta, y tanto menos pudo cumplirse cuanto que muy poco despues (1597) estalló un levantamiento de aldeanos motivado por las vejaciones administrativas, que combatió tambien aquel edicto religioso. La actividad de Klesel comenzó á producir sus frutos en el alta Austria.

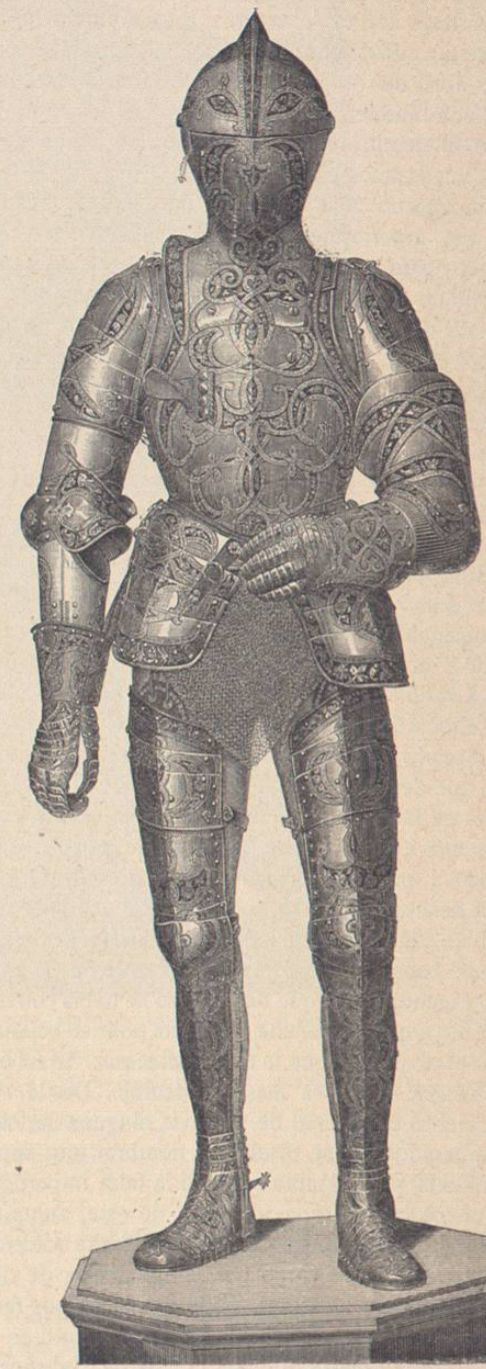
Klesel, que llegó á ocupar un puesto de gran confianza y de influencia cerca del archiduque Matías á quien el emperador habia nombrado gobernador de Austria, no se apartaba ni un punto de los fines de su política que eran, en primer término, combatir enérgicamente la herejía en favor de la Iglesia católica, y en segundo, apoyar resultantemente á la dinastía imperial austriaca. Del espíritu que informaba sus actos son clara muestra una porcion de aforismos contenidos en memorias político-eclesiásticas por él leídas y en parte redactadas, en los cuales se encuentran, entre otros, los siguientes: «Los que abandonan á la Iglesia católica abandonan á Dios. La herejía es la causa de la rebelion. Para extirpar el mal de raíz lo mejor seria suprimir el aseguramiento de concesion (los edictos de Maximiliano II de 1568 y 1571) otorgado al alta y á la baja Austria.»

Era natural que contra esas inflexibles y egoistas tendencias reaccionarias del catolicismo organizaran apasionada resistencia los partidarios de la reforma, sobre todo despues de haber estos logrado estar en mayoría en las corporaciones de los Estados. La oposicion que de ello resultó fué muy pronto oposicion de los Estados cuya constitucion veáse amenazada en sus fundamentos á consecuencia de esa política del soberano, que en realidad atentaba contra la autonomía de los pequeños territorios con la misma violencia que contra el protestantismo predominante. Desde este punto de vista, la corte de Praga fué la que tuvo la principal culpa en los conflictos que luego estallaron; así como bajo el otro concepto, la reaccion religioso-eclesiástica nació mas bien, según hemos visto, de los poderes eclesiásticos autónomos existentes en cada uno de los distintos territorios, como Klesel en Austria y Dietrichstein en Moravia. Otros muchos agravios coadyuvaron á excitar el descontento de los Estados, y de todos ellos era en definitiva culpable la corte de Praga. Los procesos vejatorios por alta traicion que sin motivo y sin resultado alguno se incoaron contra algunos de los mas ilustres jefes del movimiento protestante de los Estados, tales como Carlos de Zierotin en Moravia, Illyeshazy en Hungría y otros, y que eran vivamente excitados desde Praga, produjeron gran irritacion entre la aristocracia de los territorios hereditarios. No puede decirse con fijeza hasta qué punto promovió Rodulfo las medidas adoptadas por la corte de Praga; pero es indudable que el emperador sentia gran aversion hácia la independencia particular de los distintos territorios de su reino hereditario y que, siguiendo en esto las huellas de su abuelo, se esforzaba, y no sin razon en el fondo, por conseguir enfrente de esta autonomía de los Estados cierta centralizacion administrativa. Para conseguirla creó ó restableció en Praga cierto número de tribunales centrales: el Consejo secreto, especialmente, llegó á ser durante su reinado un tribunal central de última instancia. Pero así como Fernando caminó por esta senda con la mayor prudencia, respetando los sentimientos de los Estados y procurando llegar á la centralizacion por medios conciliadores, los trabajos de Rodulfo llevaban el sello de intransigencia y de falta de fijeza que le hacia saltar de un extremo á otro, sello que constituye el rasgo característico de su gobierno en el mismo Imperio. Sus decisiones estaban influidas en parte por las

distintas fases de la guerra de secesion que le inducian á aproximarse ora á este, ora á aquel partido, y en parte tambien por los cortesanos que le rodeaban, cuyos consejos solo atendia cuando procedian de aquellos que ocupaban un lugar secundario y que menos talento político tenian. El emperador procuraba siempre hacer ver que tomaba sus resoluciones con entera independencia y demostrar con ello su aptitud para gobernar. Por consecuencia de esta conducta tenia apartados de su lado á los altos funcionarios y á los embajadores de las potencias extranjeras á fin de sustraerse á su influencia y se mostraba cada vez mas retraido; pero precisamente estas circunstancias unidas á la de que era punto menos que inepto para obrar por propia iniciativa hacian que se sometiera mas y mas al influjo de las personas de menos valer de cuantas componian su corte. Así es que mientras á sus funcionarios de Estado costábales gran trabajo conseguir de él una audiencia, sus camareros disponian de inaudita influencia en los negocios públicos y pronto llegaron las cosas á tal punto que todas las proposiciones, peticiones y memoriales y todos los asuntos oficiales del Estado solo por mediacion de estos servidores subalternos llegaban á manos ó á noticia del emperador. Uno de los que mas ilimitado influjo ejercieron sobre este durante una porcion de años fué el camarero Felipe Lang, personaje á quien recientemente se ha considerado bastante importante para hacer de él una biografía especial. La arrogancia con que hombres de tan baja estofa abusaron de su influencia y de su poder causó naturalmente no poca indignacion entre la mas alta nobleza de los territorios hereditarios, ya bastante disgustada por la aversion que tenia el emperador á presentarse en público. Hungría y Austria como el Imperio todo pedian y esperaban que el emperador tomase parte personalmente en los debates de sus leales Estados; pero nunca pudieron conseguirlo. Así es que mientras desde Praga se atentaba continúa y caprichosamente contra los derechos de los Estados de antiguo reconocidos, érales á estos imposible formular sus quejas directamente ante el emperador, y si algun señor intentó encaminarse á Praga para avistarse con el soberano, casi nunca consiguió de él audiencia. Puede probarse con certeza que la hostilidad contra la corte de Praga de uno de los personajes que en los posteriores trastornos representaron un papel importante, Estéban Bocskay, que despues fué príncipe de Transilvania, fué debida principalmente á que tuvo que permanecer muchos meses en aquella capital esperando en vano que el emperador se dignara recibirle.

Este estado de cosas dejóse sentir tanto mas cuanto que, aun prescindiendo de los arbitrarios atentados cometidos por el emperador contra los derechos de los Estados, existian sobrados motivos de queja y de censura. Los países lindantes con el territorio turco, como Moravia, Hungría y Austria, sufrían mucho á consecuencia de las continuas guerras fronterizas, las cuales se hacian principalmente con los recursos militares de aquellas regiones por mas que el Imperio hubiese votado, en las últimas dietas, considerables sumas para sostener la guerra contra Turquía. Respecto de esto poseemos datos precisos, entre otros, del contingente armado moravo, que de 800 caballos y 2.000 infantes de que constaba en 1592 habia sido elevado en pocos años á 2.000 y 3.000 respectivamente. Y este contingente no era sino el que inmediatamente se utilizaba en la guerra, porque cuando los turcos amenazaban de cerca la frontera, lo cual sucedia muy á menudo, se habia preciso poner sobre las armas y mantener una especie de milicias. Todo esto, como era natural, no podia efectuarse sin un aumento importante de las contribuciones que los Estados moravos, bajo la direccion prudente, patriótica y sabia de Zierotin, habian otorgado y hu-

bieran seguido otorgando si como muestra de agradecimiento por tales sacrificios se hubiese respetado sus derechos y privilegios reconocidos en solemnes documentos. Pero, en vez de esto, el emperador, incapaz de un acto enérgico, abandonaba á su propia defensa á esos territorios cuya ayuda tantas veces habia implorado y aun les decia que podian defenderse sin auxilio ajeno. Así tuvieron que hacerlo los moravos cuando en 1599 hubieron de rechazar una invasion tártara con solas



Armadura de torneo de Maximiliano II
(Viena, Museo y Arsenal imperiales de Artillería) (1)

sus milicias dirigidas por Gunther de Goltz y Dionisio de Zierotin; en cambio en todo lo demás se cuidaba bien poco de respetar la tradicional independencia de los Estados. En

(1) Las armaduras de torneo de la segunda mitad del siglo XVI, durante la cual solo se celebraban justas inofensivas, se diferencian esencialmente de las de otras épocas en las cuales los torneos caballescicos estaban llenos de peligros. Por regla general, las armaduras de campo estaban fabricadas de tal manera que con la adiccion de algunas piezas y refuerzos podian servir para las justas ordinarias. La armadura